

Capítulo 2.

Marco teórico y conceptual

Este capítulo se estructura en torno a los enfoques de la resiliencia, como elemento central de la investigación. La resiliencia, ha sido abordada desde la óptica de las ciencias ambientales y las ciencias sociales para resaltar la capacidad de los sistemas para reponerse a situaciones adversas. A continuación, se plantea de manera sintética, una descripción de estos enfoques y su aporte al desarrollo del tema central del presente estudio.

La resiliencia en la óptica de las ciencias sociales

La resiliencia desde la mirada de las ciencias sociales, está enfocada hacia la sensibilidad de personas, organización o sistemas y la dependencia que estos tienen del medio ambiente (Adger, 2000), respecto a situaciones o sucesos caóticos. Existe una lista de estos posibles sucesos, relacionados principalmente, con desastres naturales, traumas individuales, ataques terroristas, calentamiento global, crisis económica global, caída de industrias, políticas de transformación, entre otros. Sin embargo, aunque el término aparece de manera reciente en el siglo XXI, se puede decir, que, hay evidencia de casos de estudio donde ha habido presencia de estos eventos como la desindustrialización, recesiones económicas u otros modelos económicos que han generado un giro en algunos países; siendo necesario generar una contextualización de este concepto a nivel de región o entre regiones, en diferentes escalas como así las reconoce, Boschman (2014): individuo, organización, redes, industria o instituciones.

Lo fundamental en este enfoque, es el reconocimiento de que los sistemas sociales están constantemente expuestos a eventos que emergen generando escenarios de crisis y que la superación de estos escenarios

dependerá de las capacidades endógenas de cada sistema, en relación con; cómo se asumen los eventos adversos, cómo se reacciona en pro de superarlos y cuáles oportunidades surgen a partir de la crisis, de tal forma que, puedan ser aprovechadas por el sistema, para recuperar y reestablecer, en alguna medida, sus condiciones iniciales; como en el enfoque ecológico – ambiental.

La resiliencia en la perspectiva de las ciencias ambientales

La resiliencia desde el enfoque ambiental, también ha sido entendida como la capacidad que tiene un sistema de volver a su estado inicial, un estado de equilibrio y de estabilidad, pero, aplicar esto en otras áreas, no es tan sencillo, ya que, el concepto de resiliencia en lo ecológico, donde tiene su origen, está basado sobre múltiples equilibrios (Farinos, 2015). Ahora bien, la resiliencia analizada como la capacidad amortiguadora o la habilidad de un sistema natural para absorber perturbaciones o reponerse de estas, no se puede aplicar en estricto sentido a la resiliencia de los sistemas sociales, sino que, es necesario reconocer “las circunstancias bajo las cuales los individuos y los grupos sociales se adaptan al cambio medioambiental” (Adger, 2000, p. 3). Para comprender mejor lo que plantea Adger (2000), basta con revisar las situaciones que se presentan en las comunidades que se ven afectadas por los eventos asociados a la variabilidad climática dada en el planeta: sequías, inundaciones, avalanchas, deslizamientos. Factores determinantes en la resiliencia de estas comunidades para afrontar estas situaciones, están asociados a la disponibilidad de recursos, el nivel de preparación y las formas de intervención de los gobiernos locales y en sus diferentes escalas; y las capacidades de adaptación de las comunidades a los nuevos escenarios.

La resiliencia y la economía de las regiones

Sin duda, la resiliencia es un aspecto que está directamente relacionado con la dimensión económica de las regiones. Siguiendo la lógica de que las comunidades tienen capacidades distintas de adaptación a los nuevos escenarios, es importante entender que, algunas regiones lograrán un punto de equilibrio diferente a otras, y lo que es más interesante, es que estas variedades permitirán entender mejor, en el largo plazo, la evolución de las economías en las regiones. De ahí que, la resiliencia regional estará relacionada con la capacidad de alcanzar un desarrollo sostenible en el largo plazo, y también, con intención de responder positivamente

a diferentes sucesos en el corto plazo. Abriendo la posibilidad de que la región sea capaz de crear nuevos caminos de crecimiento a pesar de procesos inevitables de estancamiento o de decrecimiento de su economía (Boschman, 2014).

En este punto, cabe anotar, que, en el contexto de la pandemia, cobra relevancia la relación entre resiliencia y economía. El impacto que ha tenido el COVID - 2019, en el crecimiento económico y el empleo de los países es innegable. De acuerdo con la información de la CEPAL (2021), desde el tercer trimestre de 2020 en Colombia, se evidenció un decrecimiento de la economía del 9.0% anual, los sectores de comercio, la construcción y la minería presentaron los mayores índices. La inflación anual a noviembre de 2020 alcanzó el 1,49%.

Lo anterior, si bien es una situación extrema, se presenta también como un claro ejemplo de que ninguna región o país puede considerarse exento de que algún evento o suceso provoque caos interno; razón por la que se deben buscar opciones de desarrollo múltiple; es decir, que no se cuente con un solo sector productivo, y mucho menos, que sobre este sector este centrado el crecimiento y desarrollo de la nación, pues, en la medida que este sector presente una desaceleración, el país se estancará económica y socialmente.

Territorios resilientes

En las relaciones entre la resiliencia y las economías regionales, surgen algunos elementos relacionados con los territorios resilientes; bajo esta perspectiva, los territorios deben diversificarse y promover el desarrollo de diferentes sectores económicos, de modo que, puedan ser competitivos en variadas actividades productivas, de modo que, si se presenta una crisis en uno de estos, los demás puedan aportar al sostenimiento de la economía de la región. Ante este escenario se puede mencionar que,

Ciudades y territorios resilientes son aquellos que desarrollan capacidades que les ayudan a asimilar futuros impactos y presiones sobre sus sistemas sociales, económicos, tecnológicos, y sobre su infraestructura, hasta el punto de hacerles capaces de mantener esencialmente sus mismas funciones, estructuras, sistemas e identidad. (Citado en Farinos, 2015, p. 9)

Es así, como bajo este contexto, muchas regiones en el mundo que han registrado pérdidas de sus sectores económicos dominantes, han tenido que transformarse y buscar nuevos sectores para sobrevivir; siendo el turismo una actividad productiva que les ha permitido a algunas de estas, lograr un equilibrio económico y social.

Respecto a lo anterior Boschman (2014), sugiere que, esta transformación de sectores productivos se ha presentado por cinco razones principales; la primera, indica cómo una región puede afrontar diversas situaciones y desarrollar nuevos caminos industriales o tecnológicos al corto y largo plazo. La segunda, hace referencia a cómo las regiones pueden proponer esos nuevos caminos de desarrollo y que determinan la capacidad para adaptarse al largo plazo. Teniendo que la región establece sus factores determinantes de acuerdo con las potencialidades de desarrollo regional. La tercera, hace referencia a la capacidad de adaptabilidad de la región, y de ser necesario redefinir sus potencialidades y establecer restricciones en cuanto a las oportunidades presentes o reorientar las tecnologías, herramientas, e instituciones en la región. La cuarta, requiere repensar una resiliencia regional como la capacidad para vencer la compensación (*trade-off*) entre adaptación y adaptabilidad. Es decir, la adaptabilidad puede causar daños a la adaptación. Esto requiere un mejor entendimiento de como las regiones pueden alcanzar la adaptación sin perder la adaptabilidad. Y, por último, un acercamiento evolucionario de la resiliencia regional implica contar con complejos y multidimensionales factores naturales de resiliencia (Boschman, 2014).

Territorios resilientes y resiliencia comunitaria

Recoger los principales elementos de los enfoques descritos como fundamento teórico de la investigación, implica reconocer que la construcción de territorios resilientes pasa a articular las diferentes perspectivas, en lo que algunos autores denominan la resiliencia comunitaria. El enfoque comunitario de la resiliencia, ha tomado fuerza en América Latina, particularmente, en las dos últimas décadas, como una manera de identificar la forma en que las comunidades que pertenecen a un mismo territorio y que comparten características socioeconómicas, vínculos, dinámicas e interacciones entre sí y con el territorio utilizan sus recursos y las capacidades adaptativas disponibles en el marco de relaciones de cooperación, para responder o hacerle frente a escenarios de adversidad que generan situaciones de crisis, y gestionar así la transformación de

su realidad (Folke, 2006; Maguire & Cartwright, 2008; Uriarte, 2013; Suazo, 2016).

De este modo, se considera a la resiliencia de las comunidades, como una construcción conceptual de múltiples niveles, asociada a las capacidades de los grupos humanos para promover, ejercer y mantener relaciones sociales positivas, para resistir y recuperarse de situaciones de estrés y el aislamiento social (Cacioppo et al., 2011).

Desde esta misma perspectiva, la resiliencia comunitaria se concibe como una particularidad de las comunidades que al tener que afrontar condiciones sociales, ambientales, económicas o políticas adversas, situaciones que las han marginado de un desarrollo equitativo, han alcanzado la fuerza necesaria para sobreponerse, con lo cual han logrado fortalecer su identidad cultural, territorial y su capacidad de organizarse y de trabajar solidariamente, en torno a sus principales necesidades (Botía y Preciado, 2019).

Un ejemplo para el análisis de la resiliencia comunitaria, es la situación de crisis a nivel global, que tuvo lugar en los años 2020 y 2021, debido a la pandemia por el COVID - 2019; en la cual las organizaciones del sector turístico, como muchas otras, se vieron obligadas a enfrentar una serie de desafíos de su entorno, para poder subsistir y desenvolverse en el corto, mediano y largo plazo. Sin embargo, como lo plantea Meneghel et al. (2013), no todas las organizaciones tienen la misma capacidad de respuesta a la crisis, por lo que deben conocer los recursos y habilidades con los que cuentan para seguir cumpliendo sus objetivos, mantener su bienestar durante y después de los momentos hostiles; adaptándose de manera positiva a las situaciones nocivas que se les presentan.

Capacidades sociales que caracterizan la resiliencia

En la práctica, superar y sobreponerse a la adversidad, implica para los grupos humanos un cambio en la forma de concebir sus relaciones con el ambiente y con su contexto socioeconómico. La fortaleza de las personas para dar respuesta a los cambios que implican las situaciones adversas, a través de su auto-organización, termina generando nuevas oportunidades generadas a partir de la crisis, y transformando sus vidas de forma positiva.

En la perspectiva de la transformación, se destacan como características o capacidades sociales de los grupos humanos (Bracamonte y Limón, 2016), las relacionadas con la resiliencia comunitaria; a) la cohesión social; b) la identidad cultural; c) la autoestima colectiva; d) la honestidad gubernamental; e) el humor social (Suárez, 2001; Uriarte, 2013); así como, f) el empoderamiento comunitario. A continuación, se define de manera breve, cada una de estas características.

Conceptualmente, la cohesión social se refiere a la fuerza que tiene lo colectivo desde la participación social, la acción solidaria y la elaboración de redes de apoyo entre los integrantes de la comunidad. Esta cohesión, también resalta las características de los lazos sociales que se crean en una comunidad, los cuales generan un sentido de pertenencia social, de confianza entre sus integrantes y un reconocimiento de lo legítima que es la sociedad y sus instituciones (Solano, 2014). En este sentido, la cohesión social está presente cuando se percibe una plena inclusión, por parte de los individuos, cuando se hacen latentes las oportunidades para convivir, para participar, para construir redes informales, y cuando existen representantes que son reconocidos por las comunidades, que cuentan con canales de comunicación, y cuando estas comunidades tienen la capacidad de hacer frente a la crisis y sobreponerse a las situaciones desfavorables (Uriarte, 2013).

La identidad cultural, es percibida e interpretada a través de los comportamientos, costumbres y valores compartidos por una comunidad, que los asume como propios, que los hace no comunes, y que han aportado en la construcción social del territorio; sumado a eso, generan un sentido de pertenencia y una solidaridad en momentos de crisis, por fuera del *núcleo familiar* (Suárez, 2001; Uriarte, 2013). La identidad está atada al lugar, a su desarrollo y evolución, la identidad local está caracterizada por la cultura de su pueblo; así, la identidad cultural, se relaciona con un sentido de pertenencia a una colectividad o grupo que tiene unas características culturales que lo diferencian del resto (Cepeda, 2018).

La autoestima, está relacionada con una percepción positiva o negativa de uno mismo, es una evaluación que hacen los individuos a partir de distintos aspectos, tales como, sus logros alcanzados, sus relaciones interpersonales y su apariencia física, una evaluación de la importancia o el valor que los individuos se otorgan a sí mismos. A medida que los individuos mejoran su autoestima, desarrollan una visión positiva, hacia el grupo al que pertenecen (Ramos-Oliveira, 2016). Ahora bien, la

autoestima colectiva en su dimensión espacial está relacionada con un sentimiento de orgullo por el lugar que se habita, el lugar donde se vive. Está representada en el amor por la tierra de donde se es originario, por el terruño, por sus paisajes naturales; lo que influye en su identidad individual y colectiva e impulsa la recuperación de la comunidad ante las situaciones adversas. Significa ser consciente de las riquezas naturales del lugar, que son asumidas como parte de su identidad (Uriarte, 2013).

Sobre la honestidad gubernamental, es importante mencionar que, para las comunidades, es esencial contar con agentes gubernamentales honestos, para generar confianza y legitimidad, mediante un ejercicio de gestión pública transparente y honesta, una correcta aplicación de las normas y un verdadero sentido de justicia. Esto les permite gozar de liderazgo y credibilidad ante el resto de los agentes, fortaleciendo la gobernabilidad (Suárez, 2001; Uriarte, 2013).

El humor social, se puede interpretar, partiendo de la capacidad de las personas para sacar las cosas positivas de un escenario adverso o negativo, tomando cierta distancia emocional de las situaciones complejas para poder analizarlas de manera más objetiva. Es la capacidad de ver el lado gracioso de sucesos desfavorables, reforzando el sentido de pertenencia a un grupo o una comunidad (Jáuregui y Carbelo, 2006).

El empoderamiento comunitario, es un proceso que permite incrementar las oportunidades de que una persona decida y actúe consecuentemente sobre lo que le afecta, que participe en la toma de decisiones e intervenga responsablemente en las cuestiones que afecten a su colectividad (Soler et. Al., 2017). Así el empoderamiento comunitario, es una característica de las comunidades que mediante un proceso voluntario toman decisiones colectivas, basadas en el respeto, la reflexión crítica de su situación y el cuidado de lo propio; para alcanzar un mejor acceso a recursos y poniendo en la práctica una democracia participativa (Perkins y Zimmerman, 1995), para transformar con esto a la misma comunidad y a su territorio.

El análisis de cada una de las características descritas, permitirá comprender e interpretar la resiliencia comunitaria de los agentes turísticos en el contexto de la pandemia en Boyacá, como uno de los objetivos principales de la investigación.

